

2. EL CHISMORREO EN LA ANTROPOLOGÍA

“...la inestabilidad (del chismorreio) y lo reservado de sus manifestaciones lo protegen de la observación. Un observador-participante no puede tomar notas; y la memoria no preserva la evanescencia de esa plática, en parte porque su sustancia tiene a menudo menos importancia que su tono complejo y difícil de definir”. P.M. Spacks, (1986: 48)

La revisión de los principales trabajos sobre el chismorreio muestra que hay dos grandes corrientes teóricas en la antropología que se ocupan del tema: la encabezada por Gluckman (1963, 1968), que considera el “gossip” como algo necesario para el mantenimiento de las pequeñas comunidades y un “deber social²⁰” para sus miembros. La otra es la que ve este comportamiento desde el punto de vista del transaccionalismo o “individualismo metodológico” (Gilmore, 1987: 58), que afirmaríá que no es la comunidad la que habla sino los individuos que la forman, y que éstos manejan en su propio beneficio la información que difunden, corriente representada en la antropología por R. Paine (1967, 1968), a la que pueden adscribirse, F.G. Bailey (1971), y J. Haviland (1977), entre otros²¹.

²⁰ Así lo expresa refiriéndose a su propio chismorreio en el mundo académico (1963: 315).

²¹ Ver el capítulo “Gossip” en GILMORE (1987), para el análisis más claro de los que he podido consultar, de ambas corrientes. Gluckman y Paine mantienen en la revista *Man*, (1968, nº3), un agrio debate que se inicia el año anterior con la publicación de un artículo de Paine que propone una hipótesis alternativa a la de GLUCKMAN (1963). A pesar del tiempo transcurrido, todo lo que se ha dicho en la antropología, que yo conozca, sobre el chismorreio, con algunos matices, pero sin modificar el planteamiento general, puede adscribirse a una o a otra corriente teórica, la funcionalista de Gluckman, o la de la escuela “transaccionalista” de Paine. Ver también la nota a pie de página, en Illich (1982:113-14) titulada Gossip, que además de los textos citados hasta ahora introduce la evolución histórica

D. Gilmore (1987) intentaría una combinación de ambas, ya que si bien son los individuos los que hablan y defienden al hacerlo sus propios intereses (Paine), las acciones de éstos tienen repercusiones colectivas (Gluckman). La agresividad verbal de los vecinos de *Fuenmayor* tendría como resultado la cohesión de la cultura, el consenso (p. 179). “No puedo pensar en una comunidad donde la gente no chismorree y no tema al chismorreo. Una comunidad viable debe ser definida por este hecho: un grupo que chismorrea junto.” (D. Gilmore, 1987:57). Para M. Gluckman, ese grupo debe tener, además, unos objetivos comunes. Cuando éstos fallan, aunque el grupo esté unido por una historia común, el chismorreo y la difamación aceleran su proceso de desintegración. (M. Gluckman, 1963: 314)²².

Los problemas que sugieren estos planteamientos son de diversa índole y ponen sobre el tapete más dudas de las que resuelven. ¿Cómo diferenciar lo que es chismorreo de lo que no lo es?²³, ¿cómo puede saberse quién está chismorreando y quién está simplemente intercambiando información?, ¿en qué se diferencia el intercambio de información del chismorreo?, ¿puede una persona chismorrear sobre sí misma? En *Balalaita* el tema más común de

sufrida por el término “gossip”. El trabajo de HARDING (1975) se centra sobre todo en mostrar “cómo usan las palabras las mujeres y cómo las palabras usan a las mujeres” (p.284), pero sus conclusiones estarían más próximas a los planteamientos de Gluckman, ya que sin las mujeres chismorreando entre ellas no habría sociedad del pueblo. (p. 302)

²² El artículo de GLUCKMAN (1963) es realmente ejemplar y mucho más matizado en su desarrollo que en sus conclusiones, los casos etnográficos que utiliza presentan diferentes formas de chismorreo, tanto en sociedades de indios norteamericanos como en sociedades campesinas europeas. Asimismo analiza varios modelos de grupos de profesionales: cuanto más pequeño y homogéneo es un grupo más importante es el chismorreo “para mantener a cada uno en su sitio”. Utiliza también alguna novela para ejemplificar lo que quiere decir. Sólo el trabajo de SPACKS (1986) desde la crítica literaria, es desde mi punto de vista tan abierto y tan rico en sus aportaciones como el de Gluckman, hablaré de ello más adelante.

²³ Gluckman enumera una serie de reglas del *chismorrear* (1963: 313-14) que no agotan todas las situaciones de chismorreo. También lo intenta Gilmore, preguntándose quién chismorrea, enumerando los niveles de la conversación (la calle, el vecindario y el pueblo), el contexto del chismorreo, los tipos de chismorreo y las razones por las que la gente chismorrea (p. 57-76), HARDING (1975) habla de los temas en los que se centra el chismorreo. Algunos de los autores que recoge BAILEY (1971), presentan, como hace Harding, la división de los espacios del chismorreo entre hombres y mujeres, ésta recopilación estaría más próxima a los postulados del “individualismo metodológico” de Paine.

las conversaciones de la gente es la información sobre sí misma y sobre su familia²⁴. Por otro lado (y éste es un problema importante que presentan los planteamientos de Paine), ¿cómo puede un individuo controlar el recorrido que va a tener una información que lanza intencionadamente para beneficiarse de ella? No voy a discutir la posibilidad de que haya individuos que intenten, y consigan, manipular la información que transmiten obteniendo de ella alguna ventaja. Sin embargo, lo que me parece inaceptable de este planteamiento es que presupone una pasividad en los receptores/transmisores, difícil de encontrar en la práctica, al menos en una comunidad pequeña en la que todo el mundo conoce —o puede conocer, o especular sobre— las intenciones de sus convecinos, y todos están interesados en la información que se transmite. Una capacidad de manejar a los otros como la que plantea este autor es difícil de conseguir a no ser que haya diferentes personas cuyos intereses coincidan, y, por lo tanto, estén dispuestos a transmitir la información sin cuestionarla.

Voy a poner un ejemplo que me permite destacar algunas de las preguntas que me hago, y adelantar algunos de los planteamientos que voy a defender. Pongamos el caso de dos amigas de algo más de 50 años y la hija de una de ellas, de unos 25, que se encuentran el lunes por la mañana, llamémoslas A, B y B1²⁵.

B.- ¡Dichosos los ojos! ¿Dónde andas que no se te ve?

A.- ¿Dónde voy a andar? en mi casa. No veas lo mala que estoy. Desde que se casó mi (nombre de la hija) no hago carrera de mí.

B.- ¿Cómo no vas a que te vea el médico?

A.- ¡Anda, como que no he ido al médico!, por eso puedo salir a la calle, si no ¿de qué? si casi no soy capaz de levantarme por la mañana si no me tomo las pastillas que me ha mandado para espabilarme: Como me tengo que tomar unas para dormir...

B.- ¡No valemos pa na! yo con el sueño no tengo problemas, caigo como una piedra, pero como no me tome mis aspirinas todos los días," no soy nadie.

B1.- ¡Luego decís que son los jóvenes los que se drogan!

²⁴ Una de las reglas del chismorreo, que plantea Gluckman es el chismorreo sobre amigos y miembros del grupo, en el que no se permitiría participar a quienes no lo son (1963: 313).

²⁵ Lo que sigue es una reconstrucción de conversaciones que he presenciado y en la que he participado multitud de veces en el pueblo. Como no se trata de una transcripción directa, utilizo las cursivas.

En síntesis y con muchas variantes, esta es una conversación bastante común, el contrapunto de la hija no está siempre presente, pero sí es frecuente que la gente más joven lo exprese así. El uso continuo de fármacos es algo bastante generalizado, no sólo en *Balalaita*²⁶, especialmente entre las personas mayores²⁷.

La salud propia y de la familia es uno de los temas más tratados, tanto en los encuentros ocasionales como en las visitas que pueden hacerse las mujeres más mayores entre sí, muchas de ellas relacionadas con la preocupación por el estado de algún enfermo. Pero sigamos con el ejemplo.

La hija de B, B1, está sentada esa noche en la terraza de algún bar con un grupo de amigos cuando la hija de A, camino de la casa de su madre, se para un rato a hablar con ellos. Entre preguntas y bromas sobre su nueva vida de casada, informará que va a ver a su madre que no se encuentra bien. B1 hablará del encuentro de la mañana y lo que en él se ha dicho ¿estará chismorreando? Puede que hable de ello cuando se haya marchado la hija de A, ¿chismoreará ahora? ¿La intención es distinta cuando se hace un comentario (“¡Luego decís que son los jóvenes los que se drogan!”) delante de las personas interesadas o sus familiares que cuando se hace a sus espaldas? Pienso que es difícil para un antropólogo medir las intenciones, lo que sí puede hacer es constatar que esa es una expresión que ha escuchado otras veces, que hay una preocupación por parte de las personas mayores respecto al consumo de drogas en general, y una velada —o clara— acusación de consumir drogas a algunos jóvenes del pueblo (no a los de la familia) que tienen com-

²⁶ Ver el excelente trabajo de SCHEPER-HUGHES (1992), *Death Without Weeping*, sobre el Brasil y especialmente el capítulo “*Nervoso: Medicine, Sickness, and Human Needs*”, en el que se presenta la forma en que las políticas sanitarias y el comportamiento consciente o inconsciente de los médicos colabora en esconder las causas reales de la enfermedad. En el caso presentado por esta autora los síntomas de la malnutrición crónica y el hambre son interpretados quienes los sufren como el resultado de la débil constitución física de los pobres y no como el origen de su mala salud. Políticamente, según la autora, presenta menos riesgos hacer creer a los pobres que tienen una constitución enfermiza que decirles que no comen suficiente.

²⁷ La consulta del médico reúne por las mañanas a numerosas personas, especialmente mujeres, como no tengo conocimientos médicos ni he hablado con el personal sanitario del “hospitalillo” no puedo afirmar que lo que lleva a las mujeres de más de 50 años al médico sean somatizaciones de problemas, podríamos decir de tipo existencial, en todo caso la conversación en el pueblo sobre la combinación de tranquilizantes con estimulantes es bastante frecuente.

portamientos que no se consideran adecuados, tengan estos jóvenes algo que ver o no con el consumo del que se les acusa. B1, al hacer su comentario delante de A y B, está expresando su opinión sobre los hábitos de las dos mujeres y, a la vez, sobre los de muchas otras en el pueblo, y aludiendo a los comentarios que suelen hacerse sobre los jóvenes. Está reflejando los comportamientos y las opiniones de un sector del pueblo. ¿Sirve su comentario delante de A y B o de sus amigos para condicionar los comportamientos de éstas y de otras personas, o para desprestigiarlas? Creo que es evidente que no.

Por muy extendida que esté la opinión de B1 entre los jóvenes del pueblo, quienes consumen habitualmente medicamentos no van a equiparar éstos con las drogas que puedan consumir los jóvenes, ni van a modificar su opinión respecto a ellos; sin embargo, decir que A y B necesitan tomar drogas para poder llevar una vida normal puede ser una acusación bastante grave y aun considerarse como un chinchorro de la peor especie, de ese que ha sido analizado como “mecanismo de control social” por la antropología. Según voy defender en este trabajo, este tipo de chismorreos, aunque no tuviera lugar delante de los interesados, es un comentario que se hace sobre el presente del pueblo, un retrato de un aspecto del comportamiento de dos sectores del pueblo: las mujeres mayores que consumen fármacos —las madres de los jóvenes de entre 20 y 30 años—, y de los jóvenes que real o supuestamente consumen drogas ilegales.

